

**LILÍ ÁLVAREZ: DEL TENIS A LA PLENITUD VITAL.  
LA TEORÍA DE LA FORMACIÓN DE UNA MUJER COMPROMETIDA**

**LILÍ ÁLVAREZ: FROM TENNIS TO THE FULLNESS OF LIFE.  
A TRAINING THEORY FROM A COMMITTED WOMAN**

**Raquel de la Arada**

*Universidad de Barcelona*  
rdelaarada@ub.edu

**Guillem Turró**

*Universidad de Barcelona*  
gturro72@hotmail.com

**Conrad Vilanou**

*Universidad de Barcelona*  
cvilanou@ub.edu

**RESUMEN**

Este artículo trata de acercarse a la idea de formación de la mujer desde la perspectiva intelectual y cultural que tiene el deporte como eje y motor de cambio. Cabe destacar la importancia de la actividad deportiva en la modernización de las costumbres de la España contemporánea y su incidencia en el proceso de liberación de la mujer que, durante décadas, había quedado marginada de la actividad física. Sólo algunas mujeres pudieron acceder al nuevo estilo de vida que encontró un referente en el tenis, deporte que implicaba altas dosis de modernidad y sociabilidad desde el momento en que permite formar equipos de dobles, integrados por jugadores de distinto sexo. Así pues, se profundiza en las relaciones entre el tenis y el eterno femenino analizando la figura de Lili Álvarez (1905-1998), una de las deportistas españolas más remarcables del siglo pasado. Al margen de sus conocidos éxitos deportivos, esta tenista se distinguió por su contribución en el campo intelectual, periodístico y teológico, aportando nuevas ideas en cuanto al papel de la mujer seglar en la Iglesia. Después de revisar su defensa del “amateurismo” y algunas de sus consideraciones en torno al pensamiento feminista, se procede a una síntesis de su filosofía de la educación, entendida como un itinerario formativo vinculado a las aportaciones paulinas, ignacianas y teresianas, en un todo que apunta hacia la plenitud vital. Su pensamiento pedagógico marca un recorrido a través de tres estadios que invitan a recuperar la plenitud inicial, perdida a causa de la secularización y la especialización características de la modernidad. De ahí que propugne la rehabilitación de aquella plenitud originaria y primigenia, ya que únicamente vale la pena vivir una vida orientada y centrada en la idea de totalidad, donde el ser humano converja hacia Dios, en una especie de encuentro total y absoluto.

**Palabras clave:** Lili Álvarez, tenis, mujer, deporte, filosofía de la educación, teoría de la formación.

**ABSTRACT**

This article provides an approach to the idea of training of women from the intellectual and cultural view that has sport as shaft and engine of change. It is worth highlighting the importance of sport in the modern customs of the contemporary Spain and its impact on the process of women's liberation that, for decades, had been excluded from physical activities. Only some women had access to the new lifestyle that found a reference in tennis, sport involving high doses of modernity and sociability from the moment that allows teams of doubles, made up of players of both sexes. Thus, when analysing the figure of Lilí Álvarez (1905-1998) we can get a closer approach on the relationship between tennis and the eternal feminine. She was one of the most remarkable Spanish athletes of the last century. Apart from her well known sporting success, this tennis player is distinguished for her achievements in the intellectual, journalistic and theological fields, contributing to new ideas regarding the role of secular women in the Church. After reviewing her defense of "amateurism" and some considerations about feminist thought, it leads to a summary of her philosophy of education, understood as a learning path linked to Pauline, Ignatian and Saint Teresa contributions, into a global idea that points towards the fullness of life. Her educational thought marks a path through three stages which invite you to recover the initial fullness, lost because secularization and specialization are characteristic features of modernity. Therefore, she proposes the rehabilitation of that original and primitive fullness, since it is worth living a life orientated and centred on the idea of wholeness, where the human being converges towards God, in a kind of absolute and full communion.

**Keywords:** Lilí Álvarez, tennis, sportswoman, philosophy of education, training theory.

**INTRODUCCIÓN**

Es bien notorio que el deporte ocupa un lugar preferente dentro de nuestro imaginario colectivo. De hecho, con cierta frecuencia se ha afirmado su carácter moderno, constituyendo —durante las primeras décadas del siglo XX— un fenómeno vinculado al movimiento de las vanguardias. Por aquel entonces, el continente europeo vivió —bajo la influencia de los vientos vitalistas (Nietzsche, Bergson, etc.)— una crítica al excesivo intelectualismo que procedía de etapas anteriores. Todo esto confería al deporte una nueva posición social y cultural, más allá del culto a la belleza y a la fuerza. Tanto es así que el deporte constituía una novedad que ganaba adeptos entre las clases intelectuales que veían sus inmensas posibilidades creativas, dando lugar a un género —la literatura deportiva— en la que sobresalieron autores franceses como Jean Giraudoux y Henry de Montherlant. Mientras las máximas del primero —traducidas justamente por Lilí Álvarez— son míticas (“el genio no ha debido nunca nada al artritismo”; “el deporte es el esperanto de las razas”; “me gusta entrecortar de «sprints» mi marcha hacia la muerte”), Montherlant ofrecía una visión estética y decadente del deporte, en medio de una atmósfera homo-erótica. Probablemente por ello, Lilí Álvarez se desmarcó de los textos del segundo, mostrando su aprecio y estima por las máximas de Giraudoux, a cuya traducción y glosa dedicó su obra *Plenitud* (1946).

Así, a partir de las primeras décadas del siglo XX, el deporte se convirtió en un elemento más de la cultura metropolitana que, gracias al ferrocarril subterráneo, permitía acceder a los estadios y a los extrarradios de las grandes ciudades. No por casualidad, la carta de Atenas sobre el urbanismo, dada a conocer en 1942 a modo de alternativa a la sinrazón de la barbarie totalitaria, si bien fue redactada en 1933 bajo la dirección de Le Corbusier, contemplaba el deporte como algo inherente a la vida urbana, destacando entre los deportes mencionados —en lugar prioritario— el tenis y el baloncesto, quizás por adaptarse mejor sus instalaciones al espacio urbano.

Desde luego, también se puede establecer una conexión entre el tenis y el eterno femenino, idea que la burguesía adoptó como propia en el tránsito del siglo XIX al XX. Si la mujer había de practicar algún tipo de ejercicio corporal, nada más adecuado —por la plasticidad del juego y la elegancia de las jugadoras— que el tenis. La rapidez de los movimientos y su vistosidad lo acercaban, además, a la danza con la que por aquel entonces mantenía alguna concomitancia. No en balde, el padre de Suzanne Lenglen estuvo interesado en que su hija aprendiese danza a fin de conseguir un juego veloz y efectivo. Por otra parte, el novecentismo —que anhelaba el orden y la armonía, proponiendo la eurytmia siguiendo el canon platónico— encontraba en el tenis una buena expresión de sus aspiraciones estéticas. También merece señalarse el hecho —muy comentado en su momento— que Lili Álvarez disputara el torneo de Wimbledon con falda pantalón —un claro antecedente de los *shorts*— diseñada por la modista italiana Elsa Schiaparelli.

De manera paulatina, el deporte se asoció a una vida libre y moderna, relacionándose con un modelo de mujer que empezaba a liberarse de la sujeción de los padres y esposos. Fueron los años que Aranguren (1973, p. 21) designó con el nombre de neorromanticismo naturalista cuando las “mujeres fatales” y las “vamps” aparecían en los fotogramas de las películas. A su vez, las novelas del primer tercio del siglo pasado ilustran perfectamente esta idea, tal como se desprende de *Vida privada*, obra donde José María de Sagarra retrata la atmósfera decadente de la burguesía de la Barcelona de los tiempos que siguieron a la Exposición Internacional de 1929. Eran años en que, a pesar de la crisis galopante que vivía el mundo occidental, el dinero fluía en abundancia en determinados círculos, que gustaban además de las fiestas, juegos de azar y aventuras sentimentales, incluso extramatrimoniales.

Llegados a este punto, quizá sea oportuno referirnos al tándem integrado por Rosa Torras y Lili Álvarez, tenistas que formaron pareja en el equipo de dobles femenino que representó a España en los Juegos Olímpicos de París (1924), en la que iba a ser la primera representación femenina hispana en una convocatoria olímpica. Ambas también reflejan la orientación educativa de sus padres que las condujeron hacia posiciones modernas, que rompían los estereotipos anteriores. Ahora bien, mientras Rosa Torras, afincada en Barcelona, fue una de las pioneras del *bridge* en España, Lili Álvarez se orientó hacia la religiosidad y la mística.

Entretanto, la silueta femenina se estilizaba bajo el sol, ya fuese junto al mar, en los cruceros veraniegos o en los complejos turísticos de montaña. Justamente, Lili Álvarez pasó diversos años de su infancia en Suiza donde se introdujo en el mundo del deporte, sobre todo el patinaje, siendo también una consumada practicante del esquí hasta el punto que *La Vanguardia* (9 de enero de 1930) le dedicó una portada, que corresponde a su presencia en Saint-Moritz, vestida de esquiadora con un sugerente traje chaqueta y tocada con una gorra que transmite un aire de inequívoca modernidad, siendo acompañada por un esbelto galán, con el que formaba una espléndida pareja.

Curiosamente, el deporte también sirvió para templar los caracteres y las voluntades de otro tipo de personas como Lili Álvarez que, a pesar de su gran poder de atracción, pusieron todo su empeño en seguir otro modelo de vida. Aquí podemos traer a colación un silogismo que Giraudoux incluyó en sus máximas y que fue traducido por nuestra Lili. Dice así:

“El deporte es castidad.  
Las mujeres deportistas consideran a los hombres camaradas.  
Suprimen el «flirt», el artificio.  
Consideran el amor como una camaradería” (Álvarez, 1964, p. 141).

A pesar de frecuentar círculos selectos y aristocráticos, nuestra protagonista —que en más de una ocasión fue presentada como la condesa de la Valdène, si bien su esposo aristócrata la obligó a retirarse durante cinco años de la práctica del tenis, a fin de no ser “el marido de la campeona”— no sucumbió a la vida decadente, falta de ideales más allá de la satisfacción inmediata de los placeres. Sin embargo, tuvo oportunidad para ello si tenemos en cuenta que —como ella misma reconoce— vistió trajes de la firma Chanel como acto de propaganda.

Para ella, la plenitud vital —la vida globalmente considerada— no encuentra su realización en este talante “deportivo” un tanto frívolo, a medio camino entre la coquetería y el flirteo, sino en una opción profundamente interior y personal, que responde a una llamada vocacional jalonada por los ejemplos de quienes habían seguido —con su trayectoria modélica— una vida de santidad, de austeridad y compromiso observada —y aquí está una de sus grandes aportaciones— por laicos y seculares. La vida de santificación, por consiguiente, no es algo exclusivo de hombres y, menos aún, de religiosos. Las mujeres laicas también podían santificarse, es decir, entregarse a una vida de plenitud sin verse obligadas, empero, a abrazar el estado religioso. En otras palabras: la religiosidad y la espiritualidad ya no eran atributos exclusivos de la solterona, de la monja o de la viuda, sino también un rasgo asumido libremente por la mujer moderna en una actitud que anticipa los signos del Concilio Vaticano Segundo (1962-1965).

### **LILÍ ÁLVAREZ: UNA DEPORTISTA “AMATEUR”**

A tenor de lo que venimos manifestando, no hay duda de que Lilí Álvarez, Elia María González Álvarez y López Chicheri (1905-1998) representa —como ella misma estimó— una “beata atípica” o, simplemente, una “beata de la calle”. De hecho, fue una auténtica *sport-woman*, prototipo de mujer moderna, independiente y progresista, finalista por partida triple en Wimbledon (1926, 1927 y 1928). En la primera de las ocasiones —con los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en el palco de honor— estuvo muy cerca de ganar el encuentro. Aunque recibió diversas ofertas para pasar al profesionalismo y competir con tenistas como Suzanne Lenglen, se negó a ello, manteniendo un juego que Viñamata y Ros consideraron como innovador, “consistente en conseguir la máxima velocidad en la jugada, a base de atacar la bola cuando ésta sube aún” (Viñamata y Ros, 1951, p. 74). Como tenista coincidió con Suzanne Lenglen y Elena Wills, que fueron las primeras de la clasificación mundial mientras ella se tuvo que conformar con el segundo puesto durante tres años consecutivos.

En un momento en que el deporte en España era algo todavía incipiente, nuestra protagonista destacó como mujer de vanguardia y así puso su grano de arena a favor del deporte. A pesar de ello, se manifestó crítica con el profesionalismo y contraria a la especialización, dos de los factores que han propiciado que el deporte haya perdido su dimensión pedagógico-formativa en detrimento del espectáculo mediático que, gradualmente, ha ido ganando adeptos. Para dar cuenta de ello, hemos de recordar que escribió en el periódico madrileño *ABC* una serie de artículos durante el año 1967,

coincidiendo con los primeros grandes éxitos del equipo español de la Copa Davis, que en 1965 había alcanzado su primera final contra Australia que perdió, artículos que a la larga habían de dar lugar al libro *El mito del amateurismo* aparecido en 1968.

Sin embargo, el peligro no se encuentra en ser profesional del deporte, sino en el mercantilismo que lo inunda todo, un mercantilismo que se nutre de los beneficios de la especialización. Ahí van las palabras de Lili Álvarez:

“Pero desde los tiempos caballerescos del barón de Coubertin han cambiado mucho las cosas. El deporte se ha socializado y son muchedumbres enteras las que lo ejercitan. La competencia ha aumentado en igual proporción, por lo que se requiere una dedicación extrema para sobresalir en las competiciones. Vivimos en la era de la especialización y el ejercicio deportivo no ha escapado a esta ley cultural” (Álvarez, 1968, p. 140).

Más que del profesional, Lili Álvarez se distancia del afán mercantilista que no atiende al impulso o espíritu que debe alentar cualquier obra humana. En una de las entrevistas mantenidas con el conocido periodista Manuel del Arco de *La Vanguardia* definió el deporte como el intento de “realizar un ejercicio físico bastante violento”. A continuación, desligaba el tenis del deporte, considerándolo un juego. A la pregunta de si se había aprovechado del tenis, respondió: “En este sentido, sí; pero fue un tenis de un amateurismo estricto” (*La Vanguardia*, 10 de abril de 1959). Seguidamente, añadía: “Para mí, el espíritu era más importante y eso me conservó siempre una manera espontánea de ser y siempre me condujo con bastante naturalidad, de manera deportiva” (*La Vanguardia*, 10 de abril de 1959). Aquella entrevista tuvo lugar en la ciudad Condal, aprovechando un viaje de Lili con ocasión de una ponencia, organizada por el Conferencia Club en el Hotel Ritz el 9 de abril, sobre “El deporte y el hombre espiritual”, de la que el rotativo barcelonés dio cumplida cuenta en la edición del día siguiente.

La cosa venía, empero, de un poco antes ya que el 18 de julio de 1958 —con ocasión del XXII aniversario del Alzamiento Nacional— fue condecorada con el lazo de dama de honor de la Orden de Isabel la Católica que recibió el 21 de septiembre de aquel año en Santiago de Compostela, donde disertó sobre “El deporte y la vitalidad en el hombre”, texto que sirvió de base para su plática en Barcelona durante su visita de la primavera de 1959. Desde una posición inequívocamente religiosa, en la conferencia “El deporte y el hombre espiritual”, pronunciada en Barcelona, Lili Álvarez criticaba determinadas situaciones pseudo-deportivas de aquel momento en que el deporte se había convertido en España en un gran fenómeno de masas. Notemos de paso que reconocía no haber asistido nunca a un partido de fútbol, estimando que la holgazanería constituía la raíz del deporte espectáculo.

Asimismo, en la conferencia dictada en la capital catalana el 9 de abril de 1959 ponía de manifiesto que el balompié, acaparando el interés de las masas, paraliza el desarrollo del auténtico deporte que siempre implica esfuerzo, lucha contra sí y contra los demás, sin olvidar que las gotas de sudor en la frente del deportista son su corona de laurel. Asimismo censuraba el gusto desmesurado por el traje de baño, la asistencia masiva a las playas y a las piscinas, pero sin practicar apenas la natación. Después de ambas críticas —centradas en que en España se limitase el deporte a las discusiones futbolísticas y a la exhibición corporal en las instalaciones acuáticas, ya fuese la playa o la piscina— se adentró en los beneficios del ejercicio físico, destacando que el deporte es la actuación

esforzada ejecutada por la voluntad, a la vez que establecía una analogía entre el deportista y el asce- ta. Precisamente los mártires eran denominados atletas de Cristo y en los textos de San Pablo apare- cen frecuentes metáforas deportivas, siendo considerado el apóstol de los atletas. A todo esto añadía que la práctica enseña la alegría difícil, la que se oculta tras el esfuerzo, el goce, la satisfacción inmensa que representa haber conseguido, por medio del sacrificio, el triunfo. El gozo arduo eleva mientras que el placer fácil desciende. El verdadero deportista persiste hasta acceder a lo más noble y superior, esto es, a lo divino, a Dios, o, más sencillamente, a lo que está por encima de nosotros.

Junto a sus éxitos deportivos, conviene resaltar sus cualidades intelectuales, asistiendo con frecuencia a las conferencias que se impartían en Madrid. Se la vio, por ejemplo, en el ciclo que impartía Xavier Zubiri, allá por la década de los cincuenta. Su trayectoria intelectual está jalonada por una extensa producción bibliográfica de la que cabe destacar obras como *Plenitud* (1946), *En tierra extraña* (1956), *El seglarismo y su integridad* (1959), *Feminismo y espiritualidad* (1964), *El mito del «amateurismo»* (1968) o *La vida vivida* (1989). Es lógico que la aparición de estas obras despertase —sobre todo en los primeros compases de su producción literaria— más de una crítica ácida, si bien la mayor parte de las veces los elogios superaron a las censuras.

En este sentido, todo indica que la publicación de *En tierra extraña*, el año 1956, comportó una especie de aldabonazo que sacudió las conciencias biempensantes del país. Ni que decir tiene que fue un verdadero éxito editorial que alcanzó cuatro ediciones, poniendo sobre el tapete el proble- ma religioso de las mujeres seglares y su acción espiritual ante las fuerzas destructoras que acechan en la sociedad contemporánea. La obra aspira a definir el camino del seglar hacia Dios, por entre las frondas de la duda, de la tibieza, de la tentación, sin que esta marcha continuada hacia los destinos supremos del alma suponga tampoco actitudes de rompimiento ni de enajenación respecto del mun- do circundante, sino, por el contrario, una postura activa, cordial y laboriosa. Añade atractivos a las reflexiones de Lilí Álvarez el estilo llano, humilde, ingenioso y suave a la vez con que las formula, sin pedanterías ni divismos, sino, por el contrario, con estricta preocupación de eficacia. En último término, Lilí Álvarez defiende un existencialismo vitalista que exige seguir —de acuerdo con San Ignacio de Loyola, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, sin olvidar a Charles de Foucauld— un ca- mino o un itinerario que parte de la consideración de la vida en su total integridad y que conduce a la absoluta plenitud. De tal suerte que la *Plenitud*, título de su primer libro publicado en 1946, se con- vierte en la clave de bóveda para entender su cosmovisión filosófica que exige un auténtico cambio o *metanoia*, para pasar o transitar del vacío existencial a la plenitud vital, esto es, a una verdadera vida vivida o, lo que es lo mismo, que contemple la triple dimensión —mental, activa y sentimental— de la existencia humana.

Cabe añadir que se dedicó al periodismo, actuando de corresponsal de la prensa inglesa y escribiendo en revistas como *Cuadernos para el diálogo* y *El Ciervo*. También colaboró en la prensa diaria, sobre todo en el *ABC* y, en menor medida, en *La Vanguardia*. Entre otros calificativos, ha sido considerada como una síntesis de elegancia y distinción (fue conocida internacionalmente por el sobrenombre de *La Señorita*, o, mejor dicho, *The Senorita*), al mismo tiempo que ofrece una trayectoria personal e intelectual coherente con la defensa de un humanismo espiritualista. Eugenio d'Ors, con motivo de una intervención de Lilí Álvarez durante la postguerra en el Ateneo madri- leño, no dudó en dedicarle una glosa bajo el título de “Conferencia de una campeona”, en donde

la calificaba de artista. Por su parte, Federico Sopena remarcaba, en una nota sobre “Los libros de Lili Álvarez”, que “era la belleza femenina deportiva, sensible e inteligente” (*La Vanguardia*, 13 de mayo de 1965).

Lamentamos que el recuerdo de Lili Álvarez —a pesar de contar con algún estudio monográfico de obligada consulta y referencia (Riaño González, 2004)— no haya sido cultivado como se merecería, habida cuenta de que se trata de una de las primeras españolas que supo ver que el deporte nos ayuda a tener una actitud positiva y generosa ante la vida. Además, actuó bajo la influencia de ejemplos como Guy de Larigaudie, espíritu religioso y jovial —es decir, participe de la alegría, un líder del movimiento “escultista”— que murió durante la Segunda Guerra Mundial en el frente luxemburgués (1941). Este héroe citado en diversas de sus obras —por ejemplo, *En tierra extraña* (1956) y *El seglarismo y su integridad* (1959)— supo conjugar la oración y el deporte construyendo una espiritualidad —a la sombra de San Francisco de Sales, autor de la *Introducción a la vida devota* (1608), un modelo para huir del rigorismo, del pietismo y del pesimismo— que podría tildarse de franciscanismo deportivo del siglo XX, una religiosidad moderna también accesible a los seglares y a los deportistas, que se materializa en los diversos santos-atletas cuya ejemplaridad remite hacia un mismo punto omega: la plenitud total.

En virtud de lo dicho, Lili Álvarez —seguidora del mensaje paulino e ignaciano, sin marginar las aportaciones de Edith Stein, que se convirtió leyendo a Santa Teresa de Jesús— no vio en el deporte una manifestación vitalista simplemente immanente, sino una vida que reclama y exige una transcendencia superior y religiosa. Refiriéndose a Nietzsche y a Montherlant, y a su séquito de auto-inflados, postula —bajo el influjo de autores como León Bloy y Raisa Maritain— una concepción teocéntrica de todas las cosas y, por ende, del deporte de modo que la plenitud no se puede referir a un “yo” ególatra, sino solo a Dios: «es en Dios y para Dios y es magníficamente espiritual y humilde» (Álvarez, 1956, p. 61). Ésta es, en definitiva, la auténtica y verdadera plenitud que apunta hacia el Infinito desde una radical igualdad entre hombres y mujeres.

A pesar de haber centrado sus actividades en Madrid, Lili Álvarez visitó frecuentemente la ciudad Condal. El año 1940, junto a la también campeona Pepa Chavarri, había formado parte del Club de Tenis Turó de Barcelona, de modo que sus lazos con la sociedad catalana se mantuvieron a lo largo de los años. Por consiguiente, resulta lógico que la sociedad barcelonesa —con José Garriga-Nogués, presidente de la Federación Española de Tenis al frente— le dedicara un cálido homenaje el miércoles 7 de diciembre de 1960, con motivo de haber sido nombrada, unos meses antes, dama de la orden de Isabel La Católica. El acto tuvo lugar en el salón de bridge del Real Club Tenis Turó, habilitado como sala de conferencias, con un programa que incluía un parlamento de la homenajeadora y un banquete posterior. El título de la charla no tiene desperdicio: “La mujer española, el deporte y todo lo demás”.

En su intervención destacó que la mujer española hacía cosas nuevas, pero no deporte, con lo que mantenía —como mínimo en este campo— una actitud pasiva que criticaba abiertamente. En su opinión, el deporte favorece a la mujer mediante el ejercicio de la responsabilidad y la iniciativa, extremo que estaba en consonancia con la importancia que adquiriría para la condición de la mujer la formación post-escolar que precisaba una nueva orientación.

“Las chicas siguen el camino trazado: están dedicadas a la caza del novio; y, claro es, de eso pretenden saber mucho más que las monjas. No las necesitan. En verdad, la imagen de «lo femenino» típico se para y se cierra en el estado *infantil*; está ya trazado y fijado de una vez para siempre. La joven no necesita estar acompañada en el momento difícil de las opciones por la simplísima razón de que no las tiene” (Álvarez, 1964, p. 67).

De modo que de la misma manera que la joven no debe ser puesta en la situación límite de elegir entre el marido o los muros de un convento, las religiosas deben abrirse al mundo de la vida, a los problemas cotidianos, a las realidades sociales con todas sus problemáticas. En fin, para dar testimonio de la vocación misionera y apostólica la mujer cristiana no puede quedar sometida a la autoridad del varón, tal como desgraciadamente sucede —escribe Lilí— en una sociedad masculinista, ni tampoco recluida en un mundo conventual extraño al signo de los tiempos.

Con ocasión de otra visita a Barcelona —ciudad que como vemos frecuentó a menudo— fue entrevistada de nuevo por Manuel del Arco, maestro del periodismo de la época. Del texto de la misma, destaca que su anterior interés por el deporte había dado paso a una visión de la mujer que pretendía conciliar su papel con el del hombre, sin entrar en luchas y controversias. “Yo tengo —declaraba— que defender la pareja moderna, que tiene que nacer poco a poco, y suelo decir que mi feminismo es realmente, palabra horrenda, «un parejismo». Voy en busca del bien de la pareja moderna”. A continuación, y ahondando en el sentido de su argumentación, añadía: “Mi idea no es cambiar a la mujer, sino que siendo mujer y muy mujer, sea adulta y que se dé así una reacción adulta entre hombre y mujer” (*La Vanguardia*, 13 de mayo de 1965).

De nuevo, el Conferencia Club de la Ciudad Condal la invitó para hablar de “La mística en la feminidad y Norteamérica”, el 13 de mayo de 1965. En aquellos momentos estaba preparada la versión española de *La mística de la feminidad* de Betty Friedan (Barcelona, 1965) que contaba con un prólogo de Lilí Álvarez, fechado en Madrid el mes de febrero de aquel año. En su charla nuestra protagonista trazó un paralelismo entre el pensamiento de Friedan, representante a su entender de la tradición americana, y el de Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* que, a la luz de la teoría sartriana de “l’autre” convierte a la mujer en “la otra”. Está claro que Lilí se adhiere a la filosofía de Friedan que considera más concreta y práctica, estando más acorde con su concepción de la mujer, ya que más que ser “la otra” debe aspirar a ser “algo más”, a ser la pareja —en igualdad de condiciones— del hombre, del esposo. En realidad, se aleja por igual de las mujeres que se conforman con su situación de postración como de aquellas otras que, después de haber iniciado su proceso de auto-realización, han abandonado a medio camino. Ella opta, naturalmente, por un cambio que lejos de buscar la confrontación entre ambos sexos, porfía por una conciliación entre hombre y mujer, situación que podría calificarse como “parejismo” (*La Vanguardia*, 14 de mayo de 1965). Años más tarde repetía la misma idea, bajo la siguiente formulación: “Yo, cuando tengo ocasión, no me digo «feminista» ya, sino «parejista», que es el próximo estadio, el rebasante del afán por la igualdad” (Álvarez, 1989, p. 36).

Si contrastamos el resumen de la conferencia dictada en 1965 en Barcelona con el prólogo al libro de Betty Friedan encontramos grandes paralelismos y similitudes. De entrada, se hace eco de las censuras de la autora norteamericana sobre la mentalidad “sexy” y doméstica, a la par, de las mujeres. “Mentalidad que de este modo es casi reductible a un enorme y vasto plan de venta, a una



red múltiple y asfixiante de solicitaciones de compra”, señala Lili en el prólogo antes citado (Friedan, 1965, p. 11). Tampoco pierde la ocasión para desmarcarse de la liberación sexual de la mujer, una herencia de las doctrinas freudianas. La mujer, en última instancia, aparece como vehículo de humanización en una sociedad cada vez más tecnificada que genera un frenético hundimiento de la persona. No hay duda, pues, de que Lili Álvarez defendió un feminismo un tanto peculiar —a medio camino entre el inmovilismo tradicional y el moderno liberador— ya que no veía distinciones entre los hombres y las mujeres, ni deseaba que la mujer se saltase “a la torera el matrimonio y la maternidad como Simone de Beauvoir”.

En cualquier caso, Lili Álvarez se desmarca de todos aquellos que persisten en un intento de mantener a la mujer en un estado de “minoría de edad”, en un estatuto parecido al de mujer-niña. Por todo ello, resulta inviable circunscribir lo femenino al ambiente familiar y hogareño, a la vez que es incongruente que renuncie a estas posibilidades bajo una aparente liberación. En consecuencia, se sitúa en una especie de término medio entre los tradicionalistas (que propugnan dejarla en casa) y los modernistas que promueven que sea, simplemente, la “otra” del hombre. Avanzándose a soluciones conciliadoras aboga por la presencia social de la mujer, ya sea en la Iglesia o en la sociedad, sin menoscabo de su papel de madre y esposa, siempre al lado y junto al esposo, de manera que su feminismo adquiere las connotaciones de un verdadero “parejismo”.

## LA TEORÍA DE LA FORMACIÓN DE LA PLENITUD VITAL

Está claro que en la trayectoria personal e intelectual de Lili Álvarez el deporte no se explica sin la espiritualidad, es decir, sin la dimensión religiosa del ser humano. Si Zubiri —cuyos cursos siguió con atención— definió el ser humano como un *homo religiosus*, el mismo estatuto antropológico puede aplicarse a la concepción humana de nuestra campeona. Por de pronto, podemos señalar que el hombre deportivo (*homo sportivus*) sólo puede encontrar su realización o plenitud si alcanza el estatuto o condición de un auténtico y verdadero hombre religioso. De ahí, pues, que Lili Álvarez participe de un vitalismo trascendente que se aleja del pesimismo existencialista (Heidegger), formulando una filosofía de la educación, a modo de teoría de la formación humana que exige el abandono de la situación de “vacío” existencial para lograr la “plenitud” vital. Se trata, pues, de un itinerario que puede entenderse a modo de un proceso formativo que tiene mucho de autoformación o, lo que es lo mismo, de formación de sí mismo, de un camino de perfección que enlaza con la mística (Santa Teresa y San Juan de la Cruz) y que exige una reconversión a “lo grande y anchuroso” y, también, a lo sencillo y humilde.

De entre su amplio elenco bibliográfico nos hemos fijado en *La vida vivida* (1989), una de sus obras que más nos ha interesado por su carga espiritual y pedagógica. El punto de partida no es otro que la distinción-eje, término que nos recuerda el tiempo-eje de Jaspers. Sea como fuere, la distinción-eje no es más que “el contraste entre lo que pretendemos ser y lo que actualmente somos” (Álvarez, 1989, p. 15), con lo cual se abre un hiato, una especie de abismo entre la realidad y el ideal, entre lo parcial y lo plenario, entre lo vacío y lo repleto. Se establece, por consiguiente, un contraste u oposición entre el vacío y la plenitud, entre lo pensado y lo vivido, entre la realidad y el ideal.

De tal suerte que se traza o abre un proceso formativo que —una vez clarificada la distinción-eje, lo cual exige unos ejercicios de introspección a modo de verdaderos ejercicios espirituales— nos motiva a dar el salto, a conferir un nuevo impulso a nuestra vida, a fin de apropiarnos de las metas más elevadas, única manera de lograr la “plenitud”.

No está de más destacar que Lilí Álvarez articula su pensamiento a través de una concepción triádica que, además de reflejar la imagen trinitaria, sale al paso de los reduccionismos maniqueos en los que caemos a menudo y que opone la antítesis a la tesis, esto es, la Nada a Dios. De ahí que compare, en perjuicio de la primera y beneficio de la segunda, la realidad bipartita y la realidad tripartita:

“El «bi-partita» es muy simple: es lo uno, lo que sea aquello de lo que se trate, y su directo opuesto o contrario, así lo blanco y lo negro, el principio y el fin, el espíritu y la materia” (Álvarez, 1989, p. 112).

Frente a la simplificación del bipartidismo, el entender tripartito de la persona significa el hallazgo, la totalidad o unidad que reúne el ideante o el pensamiento, el haciente o la acción y el sentiente o la vivencia. Sólo así podremos alcanzar una vivencia vivida, una vida completa y satisfactoria.

Tampoco deja lugar a dudas que estos tres elementos (pensamiento, acción y vivencia) se han de dar entrelazados. Igualmente hay que contemplarlos desde la perspectiva de la distinción-eje, con lo que procede a una clarificación conceptual justa y precisa. De un lado, censura el excesivo racionalismo que se da en el mundo, incluso en el ámbito teológico. Hay que contrarrestar el peso de la dimensión mental-racional sin caer, empero, en el extremo de la acción, otra de las tentaciones del mundo, fruto del poder de la técnica. Sólo nos queda, pues, la vida, como punto angular sobre el que construir un sistema o modo de vida que invita a lo plenario, es decir, a poseer “todas las esferas o facultades de vida, hasta las religiosas, las que sí pertenecen a nuestra relación con el Trasmundo sobre-elevado Divino” (Álvarez, 1989, p. 99). Una vida, en definitiva, que no puede cerrarse al Espíritu, a la transcendencia.

Según su parecer, el ser humano es algo completo y consta de cuerpo, cerebro y corazón, con lo que asume la tradición hipocrática y deportiva, el poso filosófico-racional que va de Sócrates a Descartes y, naturalmente, las concepciones cordiales que van desde San Agustín a Pascal. Asistimos, por tanto, a una concepción antropológica triádica e integral que invita a un proceso de autoformación que vuelve sobre nuestra propia historia o, si se quiere, sobre nuestras propias vivencias. Conviene resaltar esta dimensión vital de su teoría de la formación humana porque no hay nada más importante que la “vida vivida”. Es cierto que se puede vivir una vida apagada pero a costa de permanecer en lo insubstancial, habitando en el vacío, en la pequeñez y lo accesorio, pero no es menos verdad que es posible despertar a una nueva vida, una vida que merece la pena que sea vivida en toda su plenitud.

Es obvio que nos encontramos ante una argumentación sentimental, cordial, que recuerda la filosofía romántica que exalta el mundo de la vida frente al mundo de la razón y de la ciencia, esto es la cosificación de todo a través de una razón científico-técnica. Frente al árbol de la ciencia, Lilí Álvarez propone la fusión del árbol de la fe y del árbol de la vida. Sin embargo, no podemos soslayar

que la reacción a la crisis de la modernidad —que Husserl tematizó— propició una vuelta al espíritu, a la vida espiritual. De ahí, pues, el surgimiento de las ciencias del espíritu (Dilthey, Spranger, Cassirer) que, en el campo de la pedagogía, se situaron entre las ciencias científico-experimentales y las ciencias crítico-rationales, especulativas o normativas, siempre atentas al deber-ser. Ahora bien, frente a la inmanencia del pensar científico-espiritual, una cosmovisión preñada de culturalismo llegando al extremo de reducir la religión a simple hecho cultural, Lili Álvarez opone un espíritu que trasciende hacia lo Absoluto, es decir, al Dios uno y trino, en que junto al Padre y al Hijo, se encuentra el Espíritu Santo.

No es de extrañar, por tanto, que Lili Álvarez recuerde que la palabra “vivencia” sólo se encuentra en la lengua española y en la alemana (“Erlebnis”), siendo desconocida en francés e inglés (Álvarez, 1989, p. 110). Detrás de esta reivindicación de la vivencia, se puede detectar la impronta de su vitalismo deportivo, de una vida que se plasma y despliega en el juego, en un juego gratuito que sirve para templar caracteres. También en este reclamo de la vivencia detectamos la presencia de una feminidad que puede y debe vivificar al mundo e, incluso, a la religión. “Lo que queremos es la *vida*. Es latir y originar nuevos latidos. Porque lo que ansiamos las mujeres antes que nada es la *vivencia*, es la experiencia más íntima y solar” (Álvarez, 1989, p. 32).

A sabiendas de que la arquitectónica intelectual de Lili Álvarez es siempre tripartita, bosquejó una filosofía de la historia a través de tres grandes estadios, palabra de claras resonancias deportivas y que nos retrotrae al mundo griego, ya que de significar una medida de agrimensura (unos 185 metros) pasó a denominar el recinto deportivo que tenía exactamente aquella longitud. En cualquier caso, su argumentación recuerda —siquiera remotamente— el inicio del libro del *Génesis* con su lógica ternaria de paraíso, pecado y reconciliación. La unidad del primer estadio, una especie de paraíso en que el hombre vivía en unidad con Dios, se quebró con el acceso general de la civilización que comportó la dualidad, es decir, la división o escisión entre el hombre y lo sagrado, entre el ser humano y Dios, entre el mundo y la plenitud.

Comoquiera que sea, se perfilan tres estadios: uno de plenariedad después de la venida de Jesús que se dio durante la Edad Media, gracias a San Francisco de Asís. “La cultura por entero, así el arte, la ciencia, el pensamiento, la política..., todo lo presidían los creyentes. Esa fue la época de nuestro máximo encumbramiento histórico. Fue también cuando hubo más santos” (Álvarez, 1989, p. 121). A esta fase de plenariedad histórica, a este universo plenario y medieval, siguió un segundo estadio de ruptura, ocasionada por la secularización de la modernidad con su especialización divergente, que nos alejó y separó de la unidad y de la totalidad, propiciando la irrupción de lo parcial y vacío:

“Y ahora estamos en lo que entiendo como el desbarajuste del *Segundo Estadio*. Todo se ha vuelto, desde el punto de vista religioso, como más complicado y embrollado, como más antitético, más difuso o menos acertado o en baja forma” (Álvarez, 1989, p. 123).

Finalmente, se da un tercer estadio —anhelado por Lili— en que será preciso volver a ganar aquella unidad o plenitud completa y religiosa que ahora es futuro y esperanza, intuición vinculante y total. Veamos cuáles son sus palabras:

“Confieso que desde joven estuve imantada por el afán de plenitud. Quería a Dios y a la Tierra y, en seguida que empecé a anotar mis pensamientos, fue casi lo primero que me puse a reclamar. O a ansiar... Este deseo de plenitud de la propia persona fue mi subterráneo empuje original. Y el que, es cierto, sin demasiado éxito, conservo a través de los años. De los muchos años.” (Álvarez, 1989, p. 62).

De tal suerte que el proceso de formación, de autoformación, constituye una *plenificación* o compleción del ser humano que exige una planarización que depende, en última instancia, de la responsabilidad de uno mismo a partir de la toma de conciencia de un proceso histórico en el que la unidad religiosa se ha perdido por el camino de una modernidad especializada, divergente y separadora. Por lo demás, no se trata de un proceso lento, sino que comporta un salto existencial, una especie de caída del caballo, de una experiencia como la vivida por San Pablo. Igualmente, el ejemplo de Kierkegaard, con su temor y temblor, sirve de modelo a imitar, desde el momento que su existencialismo creyente comporta una apertura hacia lo Superior, hacia Dios. “Es idéntica la impresión a cuando te tiras de lo alto de un salto de esquí. Es siempre angustioso, pero es lo excitante” (Álvarez, 1989, p. 108). Únicamente de esta forma se puede pasar de una vida bipartita, simple y vulgar, a otra tripartita, gracias al hallazgo, en un determinado momento, de la necesidad de lograr la plenitud vital gracias a un proceso Pascual de resurrección. A pesar de contar con el amor y la gracia divinos, la decisión es personal de modo que se requiere un esfuerzo individual de autoaprendizaje, de autoformación. “La invención de sí mismo o autoinvención es el secreto. Hoy no logras tu existencia si no la inventas. Si no la vas creando, como mínimo por dentro” (Álvarez, 1989, p. 119).

Sólo así es posible alcanzar la cima, porque este itinerario formativo encuentra su mejor metáfora en una excursión alpina de alta montaña. Con todo, estas excursiones poco tienen que ver con aquellas frivolidades de los años veinte y treinta del siglo pasado, cuando las cumbres alpinas fueron lugar propicio para todo tipo de aventuras deportivas y flirteos galantes. En suma, vivir implica riesgo y valentía en la toma de decisiones que se dirigen hacia la plenitud. Para ello, el deporte sirve de propedéutica y entrenamiento, nunca como objetivo final, que es uno y, solamente, uno: la porfía por alcanzar la Plenitud.

## BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, L. (1956). *En tierra extraña*. Madrid: Taurus.
- Álvarez, L. (1959). *El seglarismo y su integridad*. Madrid: Taurus.
- Álvarez, L. (1964). *Feminismo y espiritualidad*. Madrid: Taurus.
- Álvarez, L. (1968). *El mito del «amateurismo»*. (*Reflexiones deportivas*). Madrid: Editorial Prensa Española.
- Álvarez, L. (1989). *La vida vivida. Mi catecismo existencial*. Barcelona: Publicaciones de El Ciervo.
- Aranguren, J. L. (1973). *Erotismo y liberación de la mujer*. Barcelona: Ariel.
- Friedan, B. (1965). *La mística de la feminidad*. Prólogo de Lilí Álvarez, condesa de la Valdene. Barcelona: Sagitario.
- Le Fort, G. von (1953). *La mujer eterna*. Madrid: Rialp.
- Montherlant, H. de (1983). *Las Olímpicas*. Barcelona: Ediciones de Nuevo Arte Thor.

- Riaño González, C. (2004). *Historia cultural del deporte y la mujer en la España de la primera mitad del siglo XX a través de la vida y obra de Elia María González Álvarez y López Chicheri, «Lili Álvarez»*. Madrid: Consejo Superior de Deportes.
- Sagarra, J. M. de (1986). *Vida privada*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Viñamata, Luis A. y Ros, P. (1951) *Algo más y algo menos sobre el tenis*. Barcelona: sin editorial.